

WANG XINZHI Y MICHAEL KOLHAAS, REBELDES EN ARAS DE SU PROPIA CAUSA*

JOHN PAGE
El Colegio de México

EN 1810 HEINRICH VON KLEIST publicó la historia de *Michael Kolhaas* tomada de “una antigua crónica” de Peter Hafftiz, sobre acontecimientos ocurridos en la primera mitad del siglo XVI.¹ En 1620 Feng Menglong publicó “Cómo Wang Xinzhi con su muerte salvó a toda la familia”² sin revelar la fuente, la cual, sin embargo, se ha identificado como una crónica del siglo XII hecha por Yue Ke.³ Ambas historias ofrecen sorprendentes paralelismos, no sólo en cuanto a la manera como están concebidas, sino también respecto de su contenido, caracterización y estructura. Esos paralelismos se hacen aún más fascinantes por la ausencia de influencia literaria entre las sociedades y los escritores que produjeron las obras, y que una vez más dan testimonio de la atracción universal por el rebelde.

Tanto Wang Xinzhi como Michael Kolhaas se rebelan contra la injusticia que les ha infligido un sistema dentro del cual se habían desarrollado y prosperado hasta el momento de su ultraje. De ahí en adelante, poseídos por un deseo feroz de reivindicación y desagravio —que en última instancia se satisface— su *hybris* los conduce a la muerte y la desfiguración. Tanto Michael Kolhaas como Wang Xinzhi son empresarios exitosos y prósperos. El primero, un tratante y criador de caballos de la frontera entre Brandemburgo y Sajonia en la pri-

* Para Álvaro Mutis.

¹ Kleist, Henrich von, *The marquise of O and other stories*, Penguin, Harmondsworth, 1978/1982, pp. 114-213.

² Véase mi traducción en *Estudios de Asia y África*, núms. 55 (pp. 268-286) y 56 (pp. 477-501). Para el original en chino véase Wang Hsin-chih i sze ch'iu ch'üan chia, núm. 39, en Feng Meng-lung, *Ku-chin hsiao-shuo* (varias ediciones).

³ Yue K'o, *T'ing shih* (chuan 6), edición Ssu-pu ts'ung-kan hsüpien tzu-pu.

mera mitad del siglo XVI; el segundo, dueño de una fundición y otras empresas al sur de la provincia de Anhui, a fines del siglo XII en la China de la dinastía Song. Ninguno tiene un origen privilegiado o una familia con propiedades. Los antecedentes de Wang son incluso un poco turbios, pues su hermano mayor había recurrido a la violencia y a prácticas cuestionables para enriquecerse. Ambos son, por lo tanto, hombres que han triunfado gracias a su propio esfuerzo. Aunque a Wang se le describe como un poco ostentoso y autoritario, dado a tratar a sus adversarios con rudeza, es justo y generoso con sus empleados y seguidores y tiene la reputación de valiente y de paladín de la justicia. Además, se trata de un patriota que arde con celo revanchista. Kolhaas también es un patrón justo y generoso, un hombre honorable, preocupado por el bienestar de sus conciudadanos. Ambos son hombres de familia, viven con comodidades, Wang incluso en forma lujosa. Sus respectivas actividades comerciales los han puesto en contacto con la burocracia y les ha permitido conocer y familiarizarse con los servidores de la corte.

Los acontecimientos cruciales que detonan su respectiva destrucción, en la superficie son distintos. Wang Xinzhi es acusado secreta y falsamente de intento de sedición por dos soldados descontentos, que había contratado para que instruyeran a su hijo en las artes marciales. La acusación coincide con el momento en que Wang Xinzhi, de negocios en la capital del imperio, ha enviado un memorial al trono ofreciendo sus servicios para recuperar el norte de China de los bárbaros Jin, quienes habían obligado a la dinastía Song a replegarse al sur del río Yangtse. A Michael Kolhaas le quitan temporalmente dos magníficos caballos negros, para garantizar que pagará un peaje inexistente por pasar por las tierras del Barón Wenzel von Tronka. Si bien Kolhaas continúa con sus negocios, y llega incluso a establecer su derecho de paso libre de pago, a los caballos les ponen arneses y los maltratan al punto de inutilizarlos y dejarlos irreconocibles. El mozo de cuadra que había dejado para que los cuidara recibe una terrible paliza y lo echan del castillo del barón.

La integridad de Wang como súbdito leal es impugnada en forma directa y se amenaza su libertad de acción mediante

una orden de arresto inmediato. La integridad de Kolhaas se ve atacada en su derecho, propio de un ciudadano respetuoso de la ley, de poder circular libremente por los caminos que le llevan hacia el mercado en la honesta prosecución de su subsistencia, y además en el daño sostenido por su propiedad y su empleado. En esta etapa de los acontecimientos, la diferencia está en que Kolhaas hubiera podido bajar la cabeza, recuperar a sus arruinados corceles, cuidar al mozo hasta que recuperara la salud y dejar el asunto por la paz. Wang para entonces ya es fugitivo de un sistema del cual la tortura judicial es parte constitutiva.

Los dos hombres han sido tratados con injusticia y al principio ambos reaccionan con cuidado. Wang, advertido de la orden de arresto, prepara su propiedad y sus seguidores para lo peor, y asimismo utiliza a fondo su influencia y sus conexiones para anular el cargo. Kolhaas, luego de establecer que el Barón von Tronka no tiene derecho a exigir el pago de peaje y una vez que se ha asegurado por sí mismo que el mozo de cuadra no fue el causante del maltrato a los caballos, toma los primeros pasos legales en su búsqueda de desagravio. En el caso de Wang, lo que pone en marcha el proceso judicial en su contra es un cargo falso. Respecto de Kolhaas, aunque al principio parece tener la ley a su disposición, muy pronto se encuentra en una posición similar a la de Wang. Mientras que Wang sabe por su larga experiencia que los funcionarios son corruptos y que administran el sistema judicial corruptamente, Kolhaas se percatará de ello en una serie de pasos iniciales. El primero le revela que su caso ha sido rechazado en la corte de Dresde, porque dos familiares de Tronka son confidentes del Elector de Sajonia, ubicados en puestos altos. El segundo paso pone de manifiesto que subsiste una situación similar en la corte de Brandemburgo, donde el canciller del Elector también está emparentado con Tronka, e impide efectivamente que el Elector ayude a Kolhaas. Kolhaas, aunque amargado por la falla de sus pleitos en Sajonia y Brandemburgo, y dispuesto a vender todas sus propiedades en ambos principados antes que vivir en donde lo han tratado tan mal, abriga aún la intención de acudir en persona ante el Elector de Brandemburgo.

Si quedaba alguna duda en la mente del lector acerca de lo acertado del conocimiento de Wang de los funcionarios y de cómo funciona el sistema, ésta queda disipada por la primera gestión legal que se hace en su contra. El oficial a cargo de un gran destacamento que se ha enviado para realizar el arresto se acobarda internamente ante la magnitud del establecimiento de Wang, y por su reputación de ser un hombre duro. El oficial convence a su subordinado de lo inconveniente de proseguir y, luego de unos días de vivaquear, regresa a la cabeza de la prefectura con el infundio de que Wang y sus sirvientes están armados y parapetados, listos para soportar el sitio. El prefecto se traga el cuento y envía una segunda expedición bajo el mando de un oficial más eminente, el comandante de la guarnición local, aunque esta vez la expedición está compuesta sólo de 20 hombres.

Es en esta coyuntura de ambas historias: Kolhaas a punto de abandonar la vida que ha llevado hasta entonces y Wang al borde de recibir la segunda expedición enviada en su contra, cuando se produce uno de los paralelismos más asombrosos. Para Kleist y Feng Menglong las mujeres son la voz y la personificación de la razón: la nuera de Wang, la mujer Zhang, cuyo nombre nunca se nos da a conocer —como es común en la ficción china tradicional— y Lisbeth, la esposa de Kolhaas. Que esto pudiera ser así no es más sorprendente en la ficción china tradicional, a pesar de la subordinación confuciana de la mujer, que a comienzos del siglo XIX en Alemania. Lo que es sorprendente es que los autores se deshacen de ambas mujeres, o las silencian, de la misma manera y por las mismas razones.

Las dos mujeres reconocen la amenaza contra la familia y el futuro que está explícita en la preparación de las armas. Zhang *shih* al ver a su esposo preparándose para la lucha, se dirige a su suegro:

Suegro —le dijo—, a usted se le conoce por un hombre valiente y defensor de los oprimidos. Poco a poco los funcionarios le han llegado a envidiar y a odiar. Saben perfectamente que no está tramando rebelión alguna. El mejor camino sería hacerse presente y arreglar este asunto. Cualquiera que sea su falta, aún es de poca monta, y la familia todavía puede ser protegida. Pero, si de veras resiste el arresto y con-

vierte una acusación, por falsa que sea, en realidad, después será muy difícil rescatar la verdad y será demasiado tarde para arrepentirse.⁴

Wang la desoye y poco después los sirvientes de Wang destruyen la pequeña escolta del comandante de la guarnición, con lo cual Wang queda comprometido irrevocablemente.

Lisbeth Kolhaas escucha con agitación creciente cuando su marido negocia los términos de la venta del hogar y de la hacienda. Más adelante, cuando Kolhaas le advierte que no quiere estorbos en lo que va a hacer si falla su petición personal ante el Elector, lo que incluye enviarla junto con los niños allende la frontera a una tía de Schwerin, Lisbeth exclama: "Todo lo que quieres ahora son armas y caballos. ¡El que quiera lo demás, que se quede con ello!" Pero cuando él le pregunta: "¿Debo renunciar a mi querella? ¿Debo ir al castillo de Tronka, rogarle al caballero que me devuelva mis caballos, montarlos y traértelos a casa?", el narrador nos cuenta que ella no se atreve a decir: "¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!", sino se ofrece a presentar ella misma la petición en nombre de su marido. Tumbada por un golpe del borne de la lanza de un guardia, Lisbeth muere, señalándole a Kolhaas este verso de la Biblia: "Perdona a tus enemigos; hazle bien a los que te odian".⁵

Así estas dos mujeres estratégicamente situadas son voces de la realidad de la situación, de las consecuencias de la *hybris* a punto de ser cometida y del único camino lógico, aunque desagradable, para evitarla. Ambas mujeres son entonces silenciadas para siempre. Su exclusión sirve a dos propósitos. Las mujeres constituyen impedimentos para los actos heroicos, deben salir del camino o, al menos, ser colocadas en lugar seguro para la preservación de los descendientes del héroe. Ambas ideas son hechas explícitas por Kleist, quien es el único que presenta la muerte de Lisbeth en esta coyuntura del relato. Margarethe, la esposa histórica de Hans Kolhase, estaba viva, embarazada y aún con su esposo cuando éste fue arrestado.⁶ La muerte de Lisbeth, sin embargo, le añade a la bús-

⁴ *Estudios de Asia y África*, núm. 55, p. 286.

⁵ Kleist, *op. cit.*, p. 137.

⁶ Gearey, J. *Heinrich von Kleist, Michael Kolhaas*, Collected the City of New York, New York and Oxford, 1967. p. 139.

queda de justicia y desagravio de Kolhaas, la dimensión de la venganza. La Zhang *shih* histórica se ahoga en el río, como único medio de disociarse de la locura de Wang. Feng Menglong hace que ella se arroje a las llamas de la casa solariega al escuchar que su hijo será puesto a salvo sin ella.

La reaparición de Lisbeth en la persona de una vieja gitana señala el otro nivel donde existe un importante paralelismo entre ambas historias, así como entre las dos crónicas de las que se derivan. Lo mágico y sobrenatural forma parte constitutiva de las cuatro obras. Si bien Kolhaas no está inicialmente comprometido, sino hasta que quema, asalta y asesina en el castillo de Tronka, Wang, comprometido ya desde que elimina la escolta del comandante de la guarnición, añade poco a sus problemas cuando quema el templo donde el alguacil mayor He Neng había pasado la noche. Ambos hombres se ven conducidos a la violencia incendiaria por la frustración de haberles escapado la presa. Mientras que Kolhaas realiza proezas de furia cada vez más espectaculares en persecución de su atormentador, la campaña de Wang se derrumba en su próxima etapa. Este derrumbe es provocado por un ardid sobrenatural, que había sido presagiado un poco antes por un acontecimiento mágico.

Al llegar al pueblo de Susong con su ejército de criados, en busca del alguacil mayor He Neng, Wang es recibido por un grupo de niños que, tomados de la mano, cantan una canción enigmática y ominosa.

Un guapo dos por seis, de apellido Wang, robó un barco y cruzó el Yangtse. ¿Cuántos días le quedarán al otro lado? Si no aguanta ni una copa de vino caliente.⁷

En el momento en que intentó atropellarlos, los niños desaparecieron como un soplo de aire dejándolo perplejo y lleno de sospechas. A su regreso a Susong, luego de la quema del templo, Wang encuentra las puertas del pueblo cerradas mucho antes del anochecer y antes de que pueda sitiario, de la muralla del pueblo baja un terrible vendaval que aterroriza a los hombres y a los caballos y que tira al suelo al desmayado

⁷ *Estudios de Asia y África*, núm. 56, p. 482.

Wang. Tales vientos no son extraños en la narrativa china de ficción ni en la histórica, y sirven para salvar al virtuoso de la destrucción o para confundir a los inicuos. En las historias, Gao Zu, fundador de la dinastía Han, fue salvado más de una vez por un fenómeno semejante. Pero la voz de la narración nos informa que al desmayarse Wang parecería haberse topado con un ser sobrenatural y cuando recobra el conocimiento narra una confrontación con el dios Fuying, quien lo tiró del caballo en castigo por haber quemado el templo dedicado a él. Muy pronto más de las dos terceras partes de las fuerzas de Wang desertan y en su total frustración éste, de un tajo mata al comandante de la guarnición al que había dejado detenido en su casa.

Los elementos mágicos y sobrenaturales de *Michael Kolhaas* son mucho más elaborados y complejos que los que acabamos de ver. Nada que se parezca ni siquiera remotamente a la fuerza subyacente del cristianismo, o al papel de Martín Lutero en la Alemania del siglo XVI, aparece en la historia de Feng Menglong. Sin embargo, la alucinación de Wang con el Señor Fuying y la entrevista de Kolhaas con Lutero producen el mismo resultado. Ambos energúmenos se paran en seco, Wang para embarcarse en una prolongada huida hasta finalmente entregarse, y Kolhaas para sacar provecho del salvoconducto a Dresde, obtenido por intervención de Lutero, adonde se dirige a esperar la siguiente vuelta legal de su caso. La voz de Lutero es, por supuesto, la de la razón y de la más elevada autoridad moral. Wang sólo escucha el eco de un coro de niños y no conserva sino el recuerdo de su alucinación, aunque haya sido atestiguada como un hecho y se diga en la crónica que todos sus seguidores fueron espectadores de ella.

A diferencia de la Zhang *shih* cuyo suicidio la disocia de Wang, Lisbeth no sólo se traga el repudio que siente por la causa de su marido, sino que muere en el esfuerzo por favorecerla. Reaparece entonces como una vieja gitana para proteger a Kolhaas mediante un papel donde está inscrito el futuro de la casa del Elector de Sajonia y posteriormente, cuando él se niega a intercambiar el papel por su vida, ella aplaude su resolución y lo apoya hasta el fin. La gitana como reencarnación de Lisbeth es por completo una creación de Kleist, quizá

sea la sugerencia de que en el desconcertante pantano de las maquinaciones legales el hombre puede esperar más de lo sobrenatural que de sus semejantes. La reencarnación de Lisbeth como una vieja gitana es, en contraste con los legalismos de la historia, una constante clara, sin complicaciones, totalmente positiva. Aunque primero la encontramos en una escena retrospectiva, ella aparece, o más bien reaparece, inmediatamente después de la muerte de Lisbeth para darle a Kolhaas un amuleto, aunque entonces él no conozca su poder. Más adelante se interpone en el plan del Elector de Sajonia para encontrar un agente que recobre el papel, transformándose ella misma en ese agente, con lo que puede prevenir a Kolhaas de la amenaza, recordarle que intercambie el papel por su vida, aplaudir su negativa a hacerlo y prometerle que se encontrará con él después de su ejecución, cuando todo se aclarará. Finalmente, ella obtiene la satisfacción completa de Kolhaas al identificar al Elector de Sajonia en el lugar de la ejecución, de manera que Kolhaas puede leer el papel y tragárselo en presencia de éste, antes de ir hacia la muerte. Los poderes mágicos de la gitana Lisbeth son sólo dos: la omniscencia y la omnipresencia, precisamente los poderes que se necesitan en una lucha solitaria contra el aparato judicial de China y Alemania medievales.

Como son simples mortales, Kolhaas y Wang no tienen ningún don, salvo la habilidad de mantenerse lo mejor informados posible de las tácticas de las autoridades, y el talento para moverse con rapidez e inteligencia para frustrar sus planes o burlarse de ellos: Kolhaas mediante el ataque, Wang huyendo. El primero, luego de su ataque al castillo de Tronka, incendia dos veces Wittenberg y ataca Leipzig una vez, derrotando a los cincuenta hombres del capitán von Gerstenberg en las afueras de Wittenberg, a los quinientos del Príncipe de Meissen en Mulberg y a los trescientos del Gobernador Otto von Gorgas en Demerow, siempre con una fuerza mucho más pequeña. La banda original de Wang compuesta por trescientos hombres y, al igual que la de Kolhaas, constituida por empleados y vagabundos, deserta incluso antes de que se plantee una escaramuza, dejándolo tan sólo con sus criados más leales. Wang demuestra su conocimiento y su desprecio de las autoridades, burlándose completamente de ellas hasta que de-

cide entregarse. Para ese entonces, las fuerzas movilizadas en su contra se cuentan por miles, y por su captura se ofrecen recompensas desmesuradamente grandes.

La veta más rica de paralelismos entre las dos historias se encuentra, con mucho, en la descripción de las autoridades que administran los dos sistemas legales, y las vicisitudes por las que pasan Wang y Kolhaas al tratar con ellas. Nuevamente, el cuento considerablemente más largo de Michael Kolhaas nos proporciona mayor número de detalles de las complejidades legales, que la historia mucho más corta de Wang Xinzhi. Sin embargo, ambos cuentos presentan diversos estratos de la administración legal con los que deben batallar sus respectivos héroes. En el caso de Wang se encuentran jerárquicamente ordenados, comenzando por el distrito, pasando por la prefectura y la provincia para terminar en la capital imperial. Las desgracias de Wang comienzan mucho más atrás. Un ministro imperial arregla con un censor imperial el descrédito de las actividades del revanchista comisionado para la pacificación de las provincias de Jiangsu y Anhui. El ministro reemplaza entonces al infortunado burócrata por uno de sus propios discípulos. El nuevo comisionado procede a dismantelar el logro principal de su predecesor: un ejército provincial grande, bien organizado y bien entrenado. Feng Menglong establece así la presencia de hechos delictivos al más elevado nivel de la burocracia china. Los dos soldados, los hermanos Cheng, que posteriormente calumnian a Wang acusándolo de subversión, son veteranos desempleados de este ejército los cuales, luego de haber entrenado al hijo de Wang durante un año, en ausencia de Wang reciben una miseria por sus esfuerzos. Refunfuñando presentan su acusación a un espía de la policía, quien entrega la única evidencia, una carta ambigua de Wang al instructor que los había recomendado, ante el comisionado para la pacificación que los licenció. Feng Menglong describe a este hombre como espantosamente cruel, un cobarde despreciable y un lambiscón. La carta de Wang y la declaración de los Cheng son enviadas de inmediato al Consejo Privado que primero ordena el arresto de Wang. Advertido por los funcionarios del Consejo, Wang se escabulle hacia sus dominios. Entonces el Consejo Privado remite un memorial al tro-

no, al que le sigue un decreto imperial donde se le ordena al comisionado para la pacificación que arreste a Wang y a sus cómplices. La orden sigue hacia la prefectura y el distrito, y produce las dos moderadas expediciones contra Wang. En su primera confrontación con el comandante de la guarnición, Wang explica por qué se siente reacio a presentarse voluntariamente ante la prefectura, pues el prefecto “querrá buscar el favor de sus superiores y me declarará culpable arbitrariamente”.⁸ Habría que recordar que como Wang no conoce la fuente del cargo, ni se le dirá, sólo podría negarlo, lo que le conduciría a torturas cada vez más severas hasta que confesara o muriera. “Esto hay que resolverlo primero al nivel más elevado, sólo entonces me atreveré a presentarme”.⁹ Uno tras otro se suceden despachos, memoriales y decretos imperiales, hasta que Wang queda transformado en el líder de una flagrante rebelión y se lanza contra él una movilización fuera de toda proporción con la realidad.

En el caso de Kolhaas, las dos cortes regias están al mismo nivel, sólo se encuentra por encima de ellas la autoridad imperial personificada en el Sagrado Emperador romano mismo. Pero esto es una simplificación excesiva y falsa de la red kafkiana de tecnicismos legales ominosos que le espera a Kolhaas, y que ha fascinado tanto a los estudios de Kleist. Dicho en palabras de Denys Dyer.

El laberinto legal en el que se encuentra perdido Kolhaas y lo absurdo del proceso legal cuando sólo se halla condicionado por la letra de la ley, todo eso queda en evidencia mediante el desconcertante caleidoscopio de escenas, con la acción obstaculizada por un revoltijo de detalles confusos. . . Kleist aumenta deliberadamente la confusión, con la embrollada capa de términos legales y la parafernalia que se extiende espesamente sobre todo. Se necesitan documentos, se escriben cartas, se hacen investigaciones, se dan instrucciones a los abogados y se adoptan resoluciones.¹⁰

Aquí bastaría con decir que para cuando Kolhaas es ejecutado, casi toda posición legal que se hubiera tomado origi-

⁸ *Ibid.*

⁹ *Idem.*

¹⁰ Dyer, Denys, *The Stories of Kleist*, p. 113, Homes and Meirer, N7, 1977.

nalmente ha sido asfixiada por su opuesto exacto. El Elector de Brandemburgo, de cuya corte se rechazó el primer pleito de Kolhaas, exige jurisdicción sobre éste como súbdito de Brandemburgo, para salvarlo de la terrible sentencia que le han impuesto en Dresde. El Elector entonces envía un fiscal a la corte de Dresde para darle al pleito de Kolhaas por desagravio contra Wenzel von Tronka, el vigor necesario a fin de que llegue a una conclusión exitosa. Al mismo tiempo, esta misma Corte Suprema en Berlín aplica al pie de la letra la ley, apoyando la persecución imperial contra Kolhaas por la invasión armada de Sajonia, un recurso que originalmente sugirió Lutero, y el Elector de Brandemburgo insiste en que se le dé un castigo ejemplar a Kolhaas por haber quebrantado la paz pública del imperio. Es en Dresde donde también se rechaza el primer pleito de Kolhaas, y donde tienen lugar la mayor parte de las maquinaciones de von Tronka, hasta que finalmente alcanzan el éxito al hacer que lo condenen a “ser torturado por matarifes con tenazas al rojo vivo, a ser entonces descuartizado y su cuerpo quemado entre la rueda y la horca”.¹¹ Pero entonces es el Elector de Sajonia quien, al verse obligado a entregar a Kolhaas a Brandemburgo, envía un fiscal a abogar por el enjuiciamiento imperial de Kolhaas en Berlín, y por último presenta desesperadamente alegatos, primero ante el Emperador y luego ante el Elector de Brandemburgo, para anular los cargos y salvar a Kolhaas, con la esperanza de rescatar el ominoso papel de la gitana. En ninguna de las dos historias al héroe se le hace expresar desdén por quien es la más alta de todas las autoridades: el emperador. Sin embargo, tal posibilidad se insinúa sutilmente en ambas obras. Kolhaas, después de haber quemado tres costados de Leipzig, lanza una proclama que firma como el “emisario del Arcángel Miguel, quien ha venido a castigar con el fuego y la espada a todos aquellos que permanezcan al lado del Junker en esta lucha, y a castigar en ellos la falsedad que ahora sepulta al mundo entero”.¹² Clama para que la gente se una a él en el establecimiento de un mejor orden de las cosas, y publica su decreto en la “sede de

¹¹ Kleist, p. 185.

¹² *Ibid.*, p. 148.

nuestro Gobierno Mundial Provisional, el Castillo Lützen".¹³

Wang no hace este tipo de pronunciamientos, pero la fuerza que moviliza no es menor que muchas que, en el curso de la historia china, crecieron lo suficiente como para establecer una nueva dinastía.

Entonces Wang Xinzhi se presentó completamente ataviado y con todo el aspecto de un héroe. La cabeza rematada por un moño trenzado, engalanado con un vestido de brocado blanco, la cintura ceñida por una faja, las piernas encajadas en botas de montar. Colgada la aljaba llena de flechas enhiestas, mientras en alto blandía el mandoble taja-hierro. Raro es ver marcialidad tan gallarda. En Madí un héroe ha aparecido.¹⁴

La descripción anterior no sólo podría ser digna de un pretendiente al trono, sino además le sugiere de inmediato al lector que tal posibilidad no está muy lejos. Sin embargo, históricamente esto no habría de suceder y ambos escritores nos dejan tan sólo con la tentación. Wang, a pesar de su historia de un comportamiento despótico y su desprecio por los burocratas del emperador, en repetidas ocasiones declara su lealtad a la persona del emperador, reafirmando incluso en su celda. La conducta de Kolhaas, luego de aceptar la amnistía de Sajonia, es igual de elocuente en este sentido, esperando con humildad y circunspección en cada enredo y giro de procedimientos legales. Ambos hombres aceptan voluntariamente la ejecución como el precio de la vindicación, y van hacia la muerte casi con desparpajo: Kolhaas negligentemente arroja el sombrero al suelo mientras sube al cadalso y Wang, condenado a muerte por el método de cortarlo en pedazos, se toma el veneno que ha entrado de contrabando a su celda, escapando así de sus torturadores, aunque no puede impedir que le corten la cabeza a su cadáver, tal como estaba prescrito en la sentencia.

Tanto para Feng como para Kleist los héroes de su creación —aunque quizá no completamente sus contrapartidas históricas— son fundamentalmente hombres admirables. Más allá del hecho evidente de haber escogido escribir sobre ellos,

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Estudios de Asia y África*, núm. 56, p. 481.

muchos detalles de la simple caracterización, que son atribuíbles a los escritores, ponen esto en evidencia. Feng, quien tiene más hechos en qué basarse que Kleist, se adhiere con mayor fidelidad a la información proporcionada por Yue Ke, con lo que hace más digna de mención las desviaciones. No deja fuera ninguno de los detalles de la conducta áspera y de la arbitrariedad de Wang, ni su amor por el autoengrandecimiento y el lucimiento, pero curiosamente calla su apetito sexual, un punto ya señalado por Patrick Hanan.¹⁵ El Wang histórico establece una segunda fundición en otro pueblo, bajo la administración de un descendiente empobrecido de una casa gobernante menor. Este hombre, nos dice Yue Ke, “era demasiado pobre como para sostener a su familia y su esposa era linda y seductora, así (Wang) llevaba una relación clandestina con ella”.¹⁶ Dejando de lado esta deplorable debilidad —según las normas confucianas— que al mismo tiempo contradice la imagen del patrón amable y generoso, Feng pondera las virtudes de Wang. No sólo nos dice que los pobres se amontonaban alrededor de él como quienes van al mercado, y que Wang los trataba con compasión de manera que éstos estaban dispuestos a servirle con todas sus fuerzas, sino que nos muestra su preocupación por sus seguidores leales y la devoción de éstos hacia él, al punto de arriesgar la vida en su ayuda. Liu Qing, su fiel criado, se roba el cadáver y la cabeza cercenada y los sepulta juntos, dejando que lo torturen hasta la muerte sin revelar el lugar del entierro, atestiguando así la generosidad de su patrón.

Antes de la explosión de furia de Kolhaas nada sugiere que fuera algo más que un empresario exitoso, conocedor de las maneras del mundo y sus mercados, sus funcionarios y sus nobles; un luterano devoto y un padre y esposo delicado. Al igual que a Wang, durante su campaña le sigue una nube de criados en armas y en el castillo Lützen se hace preceder por una espada arcangélica colocada sobre un cojín de cuero con borlas de oro, y lo siguen doce hombres con antorchas ardientes. Sin embargo, ante la demanda de Lutero abandona su campaña

¹⁵ Hanan, *The Chinese vernacular story*, Harvard, 1981, p. 114.

¹⁶ Traducción no publicada hecha por el autor de este trabajo.

y todos sus atavíos y vuelve a ser el hombre circunspecto, inteligente y capaz que había sido antes. Kleist muestra cómo Kolhaas ha tenido sólo un momento de duda, si bien uno fatal. A través de toda la historia, Kolhaas se muestra obsesionado por la rectitud de su causa y la validez de su petición, hasta que sus esperanzas son aplastadas cuando se le retira el salvoconducto, se rompe la amnistía y se la transforma en arresto bajo guardia armada. Es ahí cuando Kolhaas considera la idea de escapar al Levante o a las Indias Orientales y así cae en la trampa que se le ha tendido mediante la entrega de una oferta secreta de rescate de Nagelschmidt, su antiguo lugarteniente, que ahora merodea por su propia cuenta en nombre de Kolhaas, que ya ha caído en manos de sus enemigos. Su aceptación de la oferta, entregada a las manos de las autoridades de Sajonia, hace caer sobre él la primera sentencia a una muerte cruel e ignominiosa.

Wang, aturdido por la aparición del Señor Fuying y abandonado por todos, salvo un puñado de sus más fieles seguidores, huye. Primero va a esconderse en el extenso lago cuya población de pescadores explota, y luego a lo largo del río Yangtse. A cada vuelta burla a los funcionarios y al avasallador ejército enviados para capturarlos, demostrando la incompetencia, corrupción y cobardía de éstos. Por último, al igual que Kolhaas luego de su entrevista con Lutero, Wang escoge cómo, dónde y cuándo se va a rendir a las cortes, aunque sin ninguna de las garantías obtenidas por Kolhaas. Mudo bajo extrema tortura, Wang envía un memorial al emperador desde su celda y finalmente obtiene la confrontación con sus acusadores, que él tanto desea. El juicio lo reivindica por completo, pero por haber perturbado la paz del reino y haber cometido incendios premeditados y asesinatos, es condenado a muerte.

Kolhaas también es reivindicado. En el lugar de la ejecución tiene la satisfacción de ver cómo sus dos caballos negros se han restablecido hasta lucir una salud resplandeciente, y cómo todos los efectos personales de su difunto mozo de cuadra, Herse, han sido devueltos a la anciana madre de este último.

El paralelismo final entre las dos historias se refiere a los descendientes de ambos héroes. Los hijos de Kolhaas son hechos caballeros de inmediato, y se anuncia que serán educados en

la escuela para pajes. El nieto de Wang pasa con éxito los exámenes militares y corona una honorable carrera militar como comandante de la guardia de cuerpo imperial, dejando numerosos hijos y nietos al cuidado de los altares de sus ancestros.

Yo considero que Wang y Kolhaas son rebeldes *sui generis* en el sentido social y arquetipos literarios hasta ahora ignorados en la tipología del rebelde, por el hecho de que ellos se rebelan sólo el tiempo necesario para obtener la reivindicación judicial que se les había negado antes, incluso a costa de su propia vida.¹⁷ Aunque ambos son plebeyos rurales, no son campesinos ignorantes fáciles de engañar, sino empresarios exitosos, ricos, con las conexiones y conocimientos necesarios para librarse solos bajo circunstancias normales. Pero éstas no son circunstancias normales. Frente a un cargo de sedición, las manipulaciones usuales que hace Wang de la burocracia local son infructuosas. Incluso sus conexiones en la capital no se pueden movilizar de inmediato. Queda momentáneamente impotente y estalla en una frustración absoluta. Kolhaas es en este sentido el opuesto exacto de Wang, no un manipulador sino un ciudadano entero que opera por completo dentro de la ley, y que al dirigirse a ella y encontrarla inoperante explota también en una frustración total. A pesar de sus frustraciones con el sistema y sus explosiones contra él, ninguno tiene la intención de destruirlo y sólo marginalmente expresan algún deseo de reformarlo o castigarlo. Ellos no desean destruir el sistema, quieren ser reconocidos y reivindicados por él, incluso al precio más elevado. Aunque durante un corto tiempo parecen poseer algunas de las características del rebelde social, éstas se desvanecen, en Kolhaas, cuando tiene la seguridad de una audiencia y en Wang cuando resulta evidente que su caso ha despertado tal atención que él ya no corre peligro de ser eliminado por un simple prefecto y que será procesado en la capital. El énfasis sobre su feroz sentido de la integridad personal avasallada resulta innegable en las elaboraciones literarias, es menos claro en las crónicas y está por completo ausente

¹⁷ Para una discusión en profundidad de los rebeldes sociales véase Eric Hobsbawm, *Bandits*, Nueva York, 1981 y *Primitive rebels*, Norton, 1959.

en las historias locales oficiales chinas que incluyen el caso de Wang Ge. En ellas no pasa de ser un cacique local de poca monta, que fue ejecutado por sus desmanes. Parece ser que la historia oficial, en el caso de Wang, ha reducido al individuo a una cifra, que la crónica privada en ambos casos les ha devuelto algo de sus dimensiones humanas sin reivindicarlos por completo, y que es sólo en la ficción donde se presenta, en toda su complejidad, la dimensión total de su crisis y de su humanidad.

Queda por verse si en ambos casos han sobrevivido suficientes textos oficiales como para sustentar completamente los contrastes anteriores. Ciertamente en el caso de Wang, de lo que sabemos acerca de cómo fueron compilados los registros locales de la dinastía Qing, todo señala su presencia en aquellos editados de su época en adelante, y es razonable suponer que el tono utilizado por los funcionarios fue desde el principio tan desdeñoso como el que resuena en las historias locales redactadas en la dinastía Qing. Ni siquiera una lectura del *Ting shi*, al que se hace referencia al menos en una de ellas, suaviza el punto de vista oficial. Con todos los documentos a mano, una lectura comparativa rigurosa revelará qué es lo que el *fic-tor* hace de la historia, y qué lo que el historiador puede aprender de la ficción.

Traducción del inglés:
MARIELA ÁLVAREZ